

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 24 DE ABRIL DE 1910.

NÚM. 121.



LAS TRES PRINCESAS

A buelito, mamá nos ha dicho que tú sabes muchos cuentos.

—¿Y qué queréis...?

—Pues que nos cuentes uno.

—Tienes razón, Cesáreo. Uno de duendes y de brujas.

—¡Ay, no, que luego me da mucho miedo por la noche...!

Ayuntamiento de Madrid

—Mejor es que sea de pastorcillos que se enamoran de princesas.

—¡Eso, eso...!

—Callad ó no cuento ninguno. Mi conseja no será de duendes y de brujas, pues temo que toméis en serio lo que no pasa de ser pura fantasía, y tampoco tratará de pastorcillos que se enamoraron de princesas, porque aún sois muy niños para comprender el amor.

—Bueno, dinos el que quieras; pero que sea muy bonito.

—Pues señor, en un país, que no sé dónde está ni cómo se llama, reinaba en cierta ocasión un soberano que tenía tres hijas muy hermosas.

Los habitantes de aquel reino eran dichosos. Allí no se conocía la guerra; los pobres eran atendidos por los ricos, que les sentaban á sus mesas, y la tierra daba cosechas copiosísimas. Era, en suma, aquella nación, una nación feliz.

Pero como todo cambia en este mundo, á la muerte del rey prendió en las almas de sus súbditos la semilla de la rebelión, lanzada por las criminales manos de un príncipe extranjero que deseaba ocupar el trono perteneciente á la primogénita del soberano muerto.

Los prosélitos de ésta lucharon con los partidarios de aquél, y por las calles corrieron ríos de sangre. La victoria se decidió en favor del príncipe, y los aliados á la princesa fueron encarcelados en un inaccesible y lóbrego castillo, donde se les aplicaban tormentos espantosos.

Las tres princesitas, acongojadas por la muerte de su padre, y temiendo la furia de los vencedores, determinaron huir, y una noche salieron del país y anduvieron muchas leguas, muchísimas.

Al salir el sol se encontraron muy lejos de su reino. Entonces la calma volvió á apoderarse de sus corazones, y pensaron recorrer el mundo hasta encontrar un alma caritativa que las acogiese.

—Debemos ir siempre juntas—dijo la mayor.

—Eso—añadió la mediana.—Corramos todas la misma suerte.

Y la pequeña se mostró conforme con la opinión de sus hermanas.

Unidas las tres, caminaron por espacio de mucho tiempo. Cuando el cansancio mortificaba sus cuerpos, se tendían á la sombra de los árboles y dormían soñando con la reconquista de su perdido reino.

Al fin llegaron á un país que era en apariencia muy semejante al suyo. Como llevaban consigo mucho dinero, se albergaron en una posada y refirieron al patrón su historia. Este no tardó en contársela al rey, que las mandó llevar á su presencia, y las dijo:

—La narración de vuestras vidas me ha conmovido y quiero dispensaros mi protección. Yo tengo un hijo que guerrea en tierras le-

janas. No bien termine el combate regresará á mi lado. ¿Quieres tú permanecer conmigo, hermosa princesa—añadió dirigiéndose á la mayor,—y cuando vuelva te casarás con él...?

La princesita dudó un momento; pero al fin accedió, y llamando aparte á sus hermanas, las dijo:

—Yo aquí me quedo. Tengo confianza en que se realizará todo cuanto este soberano me promete. Continúa el viaje sin mí.

Las tres hermanas se abrazaron llorando, y á los pocos días las dos menores volvieron á emprender su camino.

Andando, andando llegaron á otro reino. Allí un mozo se enamoró locamente de la princesita mediana, y la dijo:

—Quédate conmigo. No soy rico; pero espero hacer una fortuna y á mi lado serás muy dichosa.

—No puedo—le contestó.—¿Qué iba á ser entonces de mi pobre hermana...?

—Dila que permanezca á tu lado.

La princesita corrió en busca de su hermana, y díjola:

—Un honrado obrero quiere hacerme su esposa. Es pobre; pero me ha prometido trabajar con ahinco para lograr una fortuna. Yo espero que así lo hará. ¿Por qué no te quedas á mi lado...?

—Imposible.

—¿Y qué harás tú sola por esos mundos de Dios...?

—Pues iré recorriendo los pueblos en busca de los que sufren, para consolarlos; de los enfermos, para prestarles mis cuidados, y de los pobres, para repartirles mi dinero.

Y la princesita se marchó sola. Y *colorín colorao*... ¿Qué tal os ha parecido...?

—A mi me ha gustado.

—¿Y á ti, Pepita...?

—A mí también.

—Debéis imitar lo que hicieron esas princesas.

—Pero, abuelito, se te ha olvidado decir cómo se llamaban.

—Pues *Fe, Esperanza y Caridad*.

José RAMOS MARTÍN,



FILARMONIA INFANTIL

IV

Este Lohengrin, *señores*, era uno de esos caballeros tan valientes, tan valientes que había en otros tiempos, y que ahora no vemos, y es una lástima, porque sería muy divertido. Una especie de Don Quijote de la Mancha, pero más guapo, que iba por esos mundos buscando señoras sin amparo para defenderlas contra toda clase de desalmados, con su espada y su valor. Esta que aquí pedía protección al rey y rogaba al cielo porque le enviase su caballero, es Elsa, la tiple á quien Tetramendo, el barítono, por celos y envidia, junto con su hermana Ortruda, esa de la voz gruesa, ha armado un lío de mil demonios. ¿Veis? Lohengrin le dice luego á Tetramendo que es un embustero y un bellaco, y le obliga á confesar, vencién-dole en desafío, que Elsa es inocente y pura, y sin mancha, como el sol.

Confiesa esto de mala gana Tetramendo, pero dice para su capote: "Me la pagaréis", y se dispone á la venganza valiéndose de Ortruda, que engaña á Elsa con malas artes. Elsa y Lohengrin se casan...

—¿Se casan? ¡Ay, qué bonito...!

Ayuntamiento de Madrid

—Tú, Paco, te callas... Se casan... Pero Lohengrin pone á Elsa la condición de que no le ha de preguntar nunca su origen, y Elsa lo promete. Pero cómo una cosa es prometer y otra dar trigo, y ya sabéis, señores, lo curiosas que son las niñas, digo, las señoras, Elsa se deja embaucar por Ortruda, que le pone mil dudas sobre Lohengrin, y exige á éste que le revele su secreto.

Este, con el mayor dolor, accede, y se dispone á separarse de Elsa, y alejarse otra vez con la góndola y el cisne, no sin haber antes atravesado el corazón de Tetramendo, á quien sorprendió en su traidor intento de matar á Lohengrin por la espalda.

Ante el pueblo y el rey reunidos, como están ahora, canta Lohengrin unas cosas muy lindas, que son la relación de su vida; da el adiós á Elsa y á todos, y sube otra vez en la barquilla. Se hunde el cisne en las aguas; sale en su lugar un niño, que es un hermanito de Elsa, del cual hacía años no se tenían noticias; baja del cielo una paloma para tirar de la góndola... y cuento contado está acabado. Yo me lo sé casi de coro, porque lo he leído muchas veces, y por eso os lo he dicho sin respirar, lo más de prisa que he podido. ¿Verdad que es bonito? ¿Os ha gustado?

—Mucho, mucho—dicen todos.

—Mucho—contesta Paquito;—pero no me lo repetirás otro día, ¿verdad?, porque ya no me acuerdo de nada.

—Si me lo permiten mis ocupaciones... Ya veremos—dice gravemente Ricardito.

—¿Pero el barítono dices tú que es ese de la voz gruesa?—pregunta Julito.

—No, el de la voz más gruesa, más gruesa, es el bajo... ese que hace de rey. Y el de la voz delgada y bonita, que sube más que los otros, es el tenor, Lohengrin.

—¿Y la señora de Lohengrin es la tiple? ¿Entonces la de la voz más recia también es tiple?

—A éstas se las llama medio sopranos ó contraltos, según que sean, así como los barítonos y los bajos entre las mujeres.

Aquí se ponen á palmotear furiosamente los tres hermanos.

—¡Bravo, bravo, bravo...!—gritan hasta enronquecer.

Ha terminado el acto y todo el mundo aplaude, y ellos también; hasta Ricardito une su valioso aplauso al de la masa.

No ha salido mal el primer acto.

—¡Que salga el cisne, que salga el cisne!—grita pateando con toda su fuerza Julito.

—Cállate, *analfabeto*—le dice Ricardito.

—El cisne ya volverá á salir... Pero antes te van á meter á ti en la cárcel... por *incivil*. ¡Qué país éste...!

ENRIQUE SANCHEZ TORRES.

UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

XVII

Hombre, otra Reina!

—Sí, papá: doña Berenguela.

—Ya lo veo... Puedes empezar.

—Doña Berenguela... No sé nada de su historia. D. Jenaro no nos ha dicho una palabra.

—Tanto como eso, no, Juanito... ¿Es que no recuerdas que la citamos el domingo pasado? Esta doña Berenguela es la madre de Fernando III el Santo.

—¡Es verdad!

—¿Ves, hombre, cómo sabías algo de ella? Mira, Juanito, es preciso que te acostumbres á reflexionar un poco y abandones ese sistema de decir las cosas de carretilla con las mismas palabras que te las enseñaron. Hasta la memoria debe ser reflexiva, pues lo que conviene recordar siempre son los conceptos, las ideas, aunque se expresen de éste ó del otro modo, que todas serán acertadas para decir lo que queramos decir... ¿Me has comprendido?

—Sí, papá.

—Bueno, ya lo veremos... Volviendo á doña Berenguela, ya creo que dijimos que era hija de Alfonso VIII de Castilla, y casó con Alfonso IX de León, de quien tuvo que separarse por mandato del Papa, el cual declaró nulo su matrimonio, no obstante reconocer la legitimidad de

los hijos. Ahora te añadiré que en el tiempo que estuvo en León doña Berenguela se hizo notar por la dulzura de su carácter, por la bondad de su corazón y por su claro entendimiento. Conquistó, pues, mercedamente los dictados de la *Grande* y la *Prudentísima* con que la designan algunos historiadores. Vuelta de nuevo á Castilla, cedió el trono que la correspondía á su hijo Fernando III, como ya dijimos, cesión que fué muy bien recibida por la nobleza. Ella gobernó durante



DOÑA BERENGUELA

los años de la minoridad del nuevo Rey, y también se encargó del Gobierno en las épocas en que Fernando III anduvo en guerra con la morisma. Murió tan ejemplar Reina á los setenta años de edad, y fué enterrada en el monasterio de las Huelgas, de Burgos.

—Aquí está Alfonso IX de León.

—¡Menos mal! El esposo junto á la esposa. Aquí tienes otro argumento á favor de lo que antes te dije. Si te hubieras fijado un poco cuando te pregunté por la historia de doña Berenguela me hubieras respondido, por lo menos, que fué mujer de Alfonso IX.

—Alfonso IX de León, hijo de Fernando II y de su primera esposa, fué educado en Portugal, de donde vino á sentarse en el trono gracias al decidido esfuerzo de los magnates leoneses, pues su madrastra trataba de coronar á uno de sus hijos.

Casó con la infanta doña Teresa, hija de Sancho I de Portugal, separándose de ella por mandato del Papa. Empeñóse en una guerra cruel con Castilla, que cesó al casarse con doña Berenguela, de quien también se separó por orden pontificia.

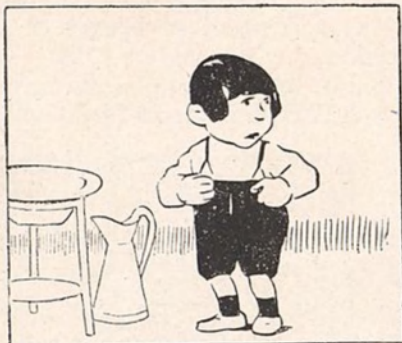
—¿Estás viendo como tenías conocimiento de doña Berenguela? Y te chocará que ese Rey tuviera que separarse de sus dos mujeres, ¿verdad? Bueno, pues ambas eran parientas tuyas.

—Al ser proclamado su hijo Fernando Rey de Castilla, y siguiendo los consejos de algunos de sus nobles, hizo armas contra él, pero tuvo que desistir de su empeño por la inesperada resistencia que encontró en Burgos. Intentó más tarde la misma aventura, también con el mismo resultado, y ya bien avenido con su hijo, pidióle algunas tropas para combatir á los moros de Extremadura, consiguiendo arrojarles de algunos puntos, de Cáceres y de Mérida entre ellos. Murió cuando proyectaba otras empresas análogas.

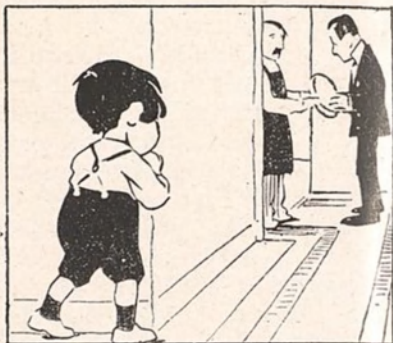
—Muy bien, muy bien. Ya hemos despachado al matrimonio.



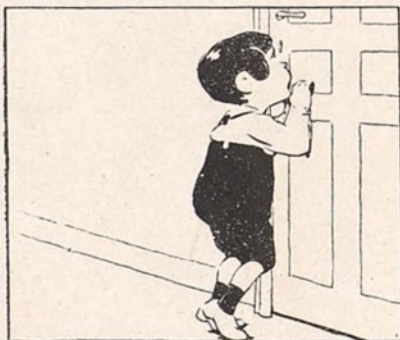
ALFONSO IX



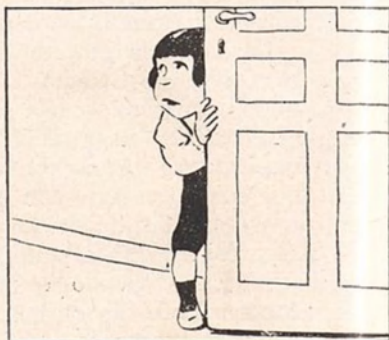
1. Aún estaba vistiéndose Agustín cuando escuchó llamar: ¡tilín, tilín!



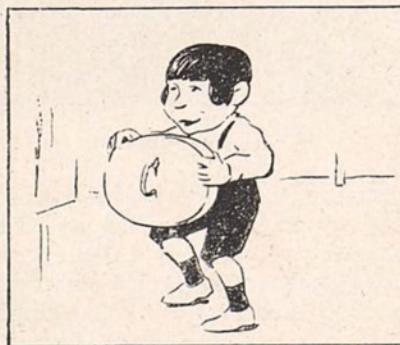
2. Como era entremetido y curioso, salió, por ver quién era, hasta el pasillo.



5. Desde afuera atisbó con picardía y pudo comprobar que nadie había



6. Por lo cual, con sigilo y precaución se introdujo en la estancia de rondón.



9. «Tan redondo, no hay duda—dijo— el de fiijo es una torta o un pastel»



10. Y sin cejar en su primer intento búsose á abrir la caja en el momento.



FABULAS ESCOGIDAS

EL RETRATO DE JUPITER

Haciendo por Tetuán una jornada,
ocurrióle á Mercurio la humorada
de conducir un mono á ver el cielo.
Cogióle, pues, al vuelo,
túvole allá una buena temporada,
y cuando al fin se le pasó el capricho,
puso otra vez en el nativo suelo
al venturoso trasplantado bicho
En tropel acudieron sus iguales
á pedir al viajero
noticia de las cosas celestiales.
—Que nos retrate á Júpiter—decían,—
que á Júpiter describa lo primero.
Tose el mono y empieza
la majestad pintando y la grandeza
de la suma deidad... No le entendían.
Habla después con religioso fuego
del amor y respeto que inspiraba...
Ninguno le escuchaba.
—Todo eso que nos dice
—interrumpió un tití—vendrá bien luego;
pero los circunstantes
quisieran más que refirieras antes
si tiene el dios azules las narices,
si es peludo, si es flaco,
si es de origen papión ó si es macaco,
si de patas con garbo se enarbola,
y hasta dónde se alcanza con la cola.
—Calla y no escandalices
prorrumpió el orador:—¡habrá perverso!
¡Cola pone al Señor del Universo!
El Júpiter que vi de rayo armado,
el poderoso numen que sentado
vi del olimpo en el sublime trono,
en nada, en nada se parece al mono.
Ningún dios, grande ó chico,
tiene un pelo de mono ni de mico.
*Pero quien más no alcanza
lo hace todo á su pobre semejanza.*

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



LOS PAJARILLOS

ESCENAS INFANTILES

Amparo, diez años; Jacinto, doce; Colás, catorce; Un cazador, veinte.

El teatro representa un campo con árboles.

ESCENA PRIMERA

AMPARO y JACINTO

AMPARO. *(Cogiendo flores.)*

Me estoy poniendo las ma-

[nos

caladas. ¡Vaya un rocío!

JACINTO. ¿Rocío, eh? No está malo el rocío. Es que ha llovido.

AMPARO. ¿Cuándo?

JACINTO. ¿No te has enterado?

AMPARO. Yo, no.

JACINTO. Vaya un sueñecito que me gastas. ¡Esta noche, mujer! ¿Cómo no has oído los truenos?

AMPARO. ¿Truenos y todo?

Ay, pues me alegre infinito de no haberme despertado, porque me asustan machi-

[simo.

JACINTO. Duró poco la tormenta, pero fué buena.

AMPARO. Pues hijo,

te juro que no he notado nada.

JACINTO. ¡Y vaya un vientecito!

Sonaban todas las puertas y retemblaban los vidrios.

AMPARO. ¿Y dices que llovió mucho?

JACINTO. Y cayó mucho granizo.

AMPARO. Así está todo tan húmedo. Si tú me lo hubieras dicho antes de salir de casa...

JACINTO. ¿Qué?

AMPARO. Que no hubiera venido.

JACINTO. Calla, tonta. Si está el cam-

[po

mucho mejor. Han salido más relojes: mira, mira los que hay aquí. ¡Y qué

[magníficos!

AMPARO. ¿Por qué los llamáis relo-

[jes?

JACINTO. Así los llaman los chicos porque cuando se separan así, con este pinchito

(Explicando práctica-

mente á Amparo cuanto
va diciendo.)

que tienen aquí, se clavan
fácilmente en cualquier si-
[tio.

En la manga, por ejemplo.
¿Ves? Pues fijate.

AMPARO. Me fijo.
JACINTO. ¿Ves cómo se va torciendo
y dando la vuelta? El giro,
según que va retorciéndose
va formando como un rizo.

AMPARO. Es verdad que va enros-
[cándose

él solo.

JACINTO. ¡Claro! Y lo mismo
que un reloj marca las ho-
[ras,

éste va formando anillos
que se cuentan, y se dice:
son las cuatro ó son las
[cinco.

No es cosa del otro jueves,
pero es algo entretenido.

AMPARO. Sí que tiene aficionados.
Siempre les oí á los chicos:
"Relojes por alfileres."
(Imitando el sonsonete.)

JACINTO. Es un comercio magnífico.
Pero ¡calla! (Mirando en-
tre la hierba.)

AMPARO. ¿Qué sucede?
JACINTO. No tengo duda, es un nido.
AMPARO. ¿Un nido? ¿Un nido en el
[suelo?

JACINTO. ¡Y al lado hay un pajarito
muerto!

AMPARO. ¿Qué lástima!
JACINTO. Hay otro
también muerto.

AMPARO. ¡Pobrecillos!
JACINTO. Esto ha sido la tormenta.
Aquel viento violentísimo
de anoche arrancó del ár-
el nido [bol.

AMPARO. Sí, eso habrá sido.
JACINTO. Mira, está lleno de barro.
(Enseñándole el nido que
ha cogido del suelo.)
Ay, ¡pero no está vacío!

AMPARO. ¿Tiene pajarillos?

JACINTO. Tiene
otros dos.

AMPARO. ¡Ay, qué monísimos!
No tienen apenas pluma.

JACINTO. Mira cómo abren el pico.
AMPARO. ¿Qué será?

JACINTO. Que tendrán hambre.
AMPARO. Claro. Dí, ¿qué les daría-
[mos?

JACINTO. Es difícil darlos nada
cuando son tan chiquititos.

AMPARO. ¿Me da muchísima pena
de verlos así, Jacinto.
¿Se morirán?

JACINTO. Si no comen
se morirán.

AMPARO. ¡Qué fastidio
no poder alimentarlos!

JACINTO. ¿Dónde diablos se habrán
[ido

los gaudules de sus pa-
[dres?

AMPARO. Quizá habrán perecido
en la tormenta.

JACINTO. Es posible,
porque si no, por instinto,
los hubieran amparado.

AMPARO. Ahora siento haberlos vis-
[to,

pues no pudiendo salvar-
los...

JACINTO. No; pues yo no me resigno
á verlos morir de hambre.

AMPARO. Ni yo. Vamos ahora mismo
á casa. Quizá la Petra
sabrà qué comen. Yo he
[oído

que hay quien ha criado
[pájaros

desde muy chiquirritos.

ESCENA II

Dichos y COLAS

JACINTO. Alguien viene.

AMPARO. Me parece
que es Colás.

JACINTO. (Llamando.) ¡Colás! ¡El
[mismo!

Continuará.



RELATOS DE CAZA

AL RESPLANDOR DE LAS HOGUERAS

Es de noche en los linderos del sahárico desierto. Abdallah, de pie, guarda en medio de cuatro hogueras su familia y sus bienes. En una vieja tienda duermen su mujer y sus dos hijos, y al lado de un montón de leña dos asnillos, portadores durante el día de su mísero ajuar, se entregan también al bienhechor descanso. El pobre árabe, que alumbrado por las voraces llamas parece una extraña y fantástica aparición, clava sus ojos, brillantes como encendidos carbunclos, en las entrañas de las tinieblas. En el cielo resplandecen las estrellas con tal intensidad que parecen flores de luz. Del vasto arenal vienen mil ruidos raros y misteriosos. A veces se oye como retumbar de truenos; á veces un silbido lúgubre é intenso taladra el ambiente. Abdallah escucha con ansiedad, y de pronto se estremece de espanto. ¡El león ruge...! ¿Por dónde...? Por el pavoroso desierto... Vase hacia su mujer, que ha despertado; le recomienda que tenga serenidad; besa con amor á sus pequeñuelos, que duermen sonrientes, y espingarda en mano y gumía en cinto, se sale del círculo de las hogueras y se oculta entre unas cercanas y negruzcas peñas...

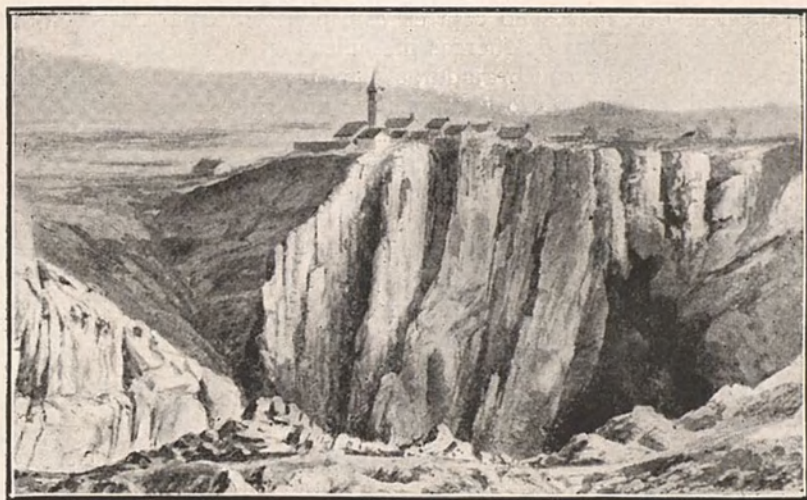
Allí espera con el corazón palpitante, pero con el pulso firme. Se pasa un buen rato y comienzan á aullar lastimosamente los chacales y las hienas. Parecen almas de condenados que se quejan en el bátrato

profundo con sus gritos lastimeros y penetrantes. Abdallah sigue aguardando... Bien sabe que semejantes alimañas no osarán acercarse mientras los leños crepiten llameantes en las hogueras. En cambio el león, si el hambre le hostiga, las salvará sin escrúpulo... Transcurre bastante tiempo sin que se escuche el siniestro rugir del felino, y cuando ya el árabe se ufana pensando que éste habrá tomado otro camino por donde sembrar la desolación y el exterminio, he aquí que lo ve rondar las hogueras con sus ojos que fosforecen, con su roja melena, con su lento y majestuoso andar. Se detiene indeciso al mismo borde de las llamas, como si temiera alguna añagaza. Entonces se escucha el dulce lloriqueo de un niño, y el león, azotándose los flancos con la cola, penetra, alta la cabeza y retador el ademán, en el círculo de las hogueras. El árabe no espera más. Apunta cuidadosamente, invoca á Alá, reclama mediante varios votos la intervención del santón de su tribu, y dispara... El felino, al recibir en su cuerpo la mortífera bala, salta de costado, lanza un pavoroso rugido y emprende el avance hacia donde ha brillado el fogonazo; pero repentinamente se retuerce sobre sí mismo y cae para no levantarse más... Abdallah sale de su escondrijo, y, rematado su enemigo, dirige sus ojos al estrellado cielo y su alma es como grano de incienso que arde en loor de Alá. Después hace que se levante toda la familia. Ya viene la riente aurora, y sus primeros y rosados rayos besan á los pequeñuelos, que juegan reclinados sobre el cadáver caliente del león.

José A. LUENGO.



Ayuntamiento de Madrid



MOVIMIENTO DE LA CORTEZA TERRESTRE

III

Lenta es la modificación del suelo y á veces peligrosa para los que le habitan; pero aun así debemos deseársela, pues el día en que la masa terrestre llegue al estado sólido absoluto, habrá cesado la serie de fenómenos de contracción y repliegue, y será evidente señal de que ha terminado su existencia para seguir gravitando en el espacio como muchos astros muertos después de haber cumplido su destino.

Es curiosa la génesis del relieve del terreno. Para que todo sea extraordinario, nace la montaña de una especie de hoyo. El primer paso es una depresión, una hondonada que se produce siempre en los puntos en que la resistencia es menor. En esa depresión van aglomerándose tierras acarreadas por las aguas que buscan la línea más baja de nivel. Al cabo de tiempo y por virtud de ese fenómeno que se llama "sedimentación" y que revela siempre la presencia del agua, se ha formado una capa de tal espesor (1.000 á 13.000 metros) cuyo peso puede producir movimientos de descenso y compresión y que activa el desarrollo de temperaturas en las partes más profundas capaces de ablandar las rocas.

Cada descenso del lecho ó base de la depresión provoca nuevos sedimentos, y cuando aquél ha llegado á su máximum y las temperaturas son elevadísimas (fusión de las rocas), se inician los repliegues (movimiento ascensional) fundamento de la futura cadena montañosa, que aparece al fin ayudada del empuje de los terrenos más sólidos, adyacentes á la faja de menor resistencia (presión tangencial), en donde comenzó la depresión, yendo todo ello acompañado de hundimientos en pequeña escala de los terrenos contiguos.

La serie de fenómenos que acompaña á esta creación trascendental de macizos orográficos no cesa en este punto. La montaña continúa sufriendo los efectos de fuerzas mecánicas en su base que son constantes motivos de resquebrajaduras y grietas, acusadoras de una falta de quietud y de equilibrio y también de una vida poderosa.

No es otra la explicación de algunas explosiones naturales (subterráneas ó atmosféricas) que se empiezan á estudiar ahora. Se han señalado en canteras de diversas especies, comprobándose que suelen producirse en pequeñas prolongaciones rocosas, que al romperse, sin causa aparente, estallan, proyectando polvo y piedras en bastante cantidad.

En las minas de hulla de Westfalia y de Bohemia, y al practicar los trabajos de perforación del túnel de Wochein (Austria, entre Villach y Goritz, abierto en 1906 y de más de seis kilómetros de longitud), han ocurrido también, lo cual hace creer que no existen terrenos que no sean aptos para ello.

A estas detonaciones hay que añadir otras más sordas y apagadas semejantes á lejanas descargas de artillería, que se pueden escuchar en ciertos puntos próximos al mar, como en Bélgica.

Otros fenómenos acústicos subterráneos señalados en Moravia y en el Jura, y finalmente ciertas ondulaciones rápidas del mar, de amplitud anormal, que han determinado una sucesión de olas repentinas, se han pretendido justificar por distensiones de las rocas sometidas á tensión fuertísima, que se "estira" ó ensancha, recuperando en un instante su natural volumen.

Ejemplos de verdadera elocuencia son todos éstos, que dan completa idea del trabajo de formación que todavía ejecuta el planeta en que vivimos.

JUAN ANTON .



Ayuntamiento de Madrid